

NADIE comienza su vida siendo un estúpido. Sólo tienes que observar a los bebés y a los niños y pensar seriamente al respecto de cuanto hacen y aprenden, para darte cuenta que (con excepción de los seriamente retardados) muestran una forma de vida y una habilidad y deseo de aprender que bien podríamos llamar genial en una persona mayor. En tres años un adulto difícilmente aprendería tanto, ni podría desarrollar la comprensión del mundo que lo rodea, como lo hace cualquier niño en sus primeros tres años de vida.

Pero, ¿qué es lo que pasa al ir envejeciendo, con esta extraordinaria capacidad de aprendizaje y comprensión intelectual? Lo que pasa es que se destruye, debido en gran medida al proceso mal llamado “educación”. Un proceso que se desarrolla en la mayoría de los hogares y las escuelas.

Nosotros, los adultos, destruimos mucho de la capacidad intelectual y creativa de los niños por las cosas que les hacemos y obligamos hacer. Sobre todo, destruimos esta capacidad al hacerlos miedosos, al volverlos temerosos de no hacer lo que otras personas desean, temerosos de no agradar, de cometer errores o de estar equivocados. Somos quienes hacemos que tengan miedo para arriesgarse, miedo para experimentar, para probar cosas difíciles o desconocidas. Y aun cuando no somos responsables, cuando vienen a nosotros con miedos que ya tienen, nos valemos de dichos temores para manipularlos y hacerlos que actúen tal y como deseamos.

En vez de intentar aminorar sus miedos los agrandamos, a menudo en forma monstruosa. Porque los niños que muestran algo de miedo son los que nos gustan, los que son dóciles, obedientes; lo suficiente, desde luego, como para no amenazar con desfigurar nuestra imagen de seres amables y cariñosos a quienes no hay razón para temer.

Son ideales para nosotros los niños “buenos” que nos tienen tal miedo que hacen lo que queremos, sin sentir por ello que lo hacen debido al miedo que les infundimos.

Destruimos el amor desinteresado (no quiero decir, falta de interés) por aprender en los niños, el cual es tan fuerte cuando son pequeños, entusiasmándolos a trabajar a cambio de recompensas sin importancia: estrellas doradas en la frente, o papeles marcados con un 10 y pegados en la pared, o MB en sus calificaciones, o su nombre en la lista de honor; en suma, por la mezquina satisfacción de sentir que son mejores que los demás. Los animamos a sentir que el principal objeto de la escuela y todo lo que hagan en ella sólo es conseguir una buena calificación en los exámenes o impresionar a alguien con lo que aparentan saber.

Matamos no sólo su curiosidad, sino el sentimiento de que es algo bueno y admirable el ser curioso, para que así cuando alcancen los diez años la mayoría de ellos no hagan preguntas y muestren desdén hacia los pocos que sí las hacen.

Muchas son las formas como echamos a perder su convicción de que las cosas tienen sentido, o su esperanza de que las cosas comprueben que tienen algún sentido. Lo hacemos fundamentalmente presentando la vida de una forma arbitraria y desconectada de la realidad, que más tarde tratamos de integrar con métodos artificiales e inútiles, como poner a los niños a cantar canciones suizas mientras se estudia la geografía de ese país, o efectuar problemas de aritmética sobre las rectas paralelas mientras se estudia la adolescencia de Lincoln.* Aún más grave, constantemente los enfrentamos con lo que es absurdo, ambiguo y contradictorio. Peor aún lo hacemos sin saber que lo estamos haciendo, pues escuchando ciertas tonterías que son presentadas como si tuvieran sentido, ellos llegan a sentir que la fuente de su confusión descansa no en el material de estudio sino en su propia estupidez. De manera que privamos a los niños tanto de su propio sentido común como de la realidad del mundo, exigiéndoles que jueguen y usen palabras o símbolos que no tienen ningún significado para ellos.

Es así como convertimos a muchos de nuestros estudiantes en la clase de gente para quien los símbolos no tienen significado y quien no puede usarlos como un medio de aprendizaje que tenga que ver con la realidad; quienes no pueden entender instrucciones por escrito; quienes incluso cuando leen libros, los terminan sin saber más de lo que sabían cuando los empezaron; que aprenden ciertas palabras nuevas que zumban en su cabeza, pero cuyos modelos mentales sobre el mundo permanecen sin cambio alguno y que, en esencia, son impenetrables al cambio.

A la minoría, o sea a los pocos estudiantes talentosos y con éxito, somos capaces de cambiarlos por algo diferente, pero igualmente peligroso. Los convertimos en la clase de gente que puede manipular palabras y símbolos con fluidez mientras se mantienen divorciados de la realidad en la que se encuentran; la clase de gente que prefiere hablar más bien de generalidades pero que enmudece o se indigna cuando alguien les pide un ejemplo de lo que están hablando; la clase de gente que en sus discusiones sobre los asuntos del mundo, halla y usa palabras tales como «holocausto» y «devastación» sin pensar ni un poquito en la sangre y el sufrimiento que estas palabras implican.

Animamos a los niños a que actúen como estúpidos, no únicamente asustándolos y confundiéndolos, también aburriéndolos; llenando sus días con trabajos tediosos y repetitivos que no demandan ninguna atención ni esfuerzo de su inteligencia. Tan cierto, que los corazones de los adultos saltan de júbilo ante un cuarto lleno de niños batallando con una tarea impuesta; y nos deleita y satisface más el que alguien nos confirme que realmente no les gusta lo que están haciendo. Y nos decimos a nosotros mismos que esta

* La versión popular de la biografía de Abraham Lincoln (1809 - 1865), célebre presidente de los EEUU, sostiene que se ganaba la vida colocando vías del ferrocarril, de ahí la relación con las rectas paralelas.

esclavitud, que este trabajar sin objeto, es una buena preparación para la vida y tememos que sin ello los niños serían difíciles de controlar.

Pero, ¿por qué esta clase de trabajos tienen que ser tan aburridos? ¿Por qué no procurar ocupaciones que sean interesantes y que demanden un esfuerzo? Porque en las escuelas donde todo trabajo debe ser terminado y cada respuesta debe ser correcta, si damos a los niños tareas más demandantes se sentirán inseguros e inmediatamente insistirán en que les mostremos cómo hacer el trabajo. Cuando tienes un montón de papeles que llenar con marcas de lápiz, no hay tiempo para desperdiciarlo con el lujo de pensar.

Gracias a dichos métodos se establece firmemente en los niños el hábito de usar solamente una pequeña parte de su capacidad mental. Con ello sienten que la escuela es un lugar donde deben pasar la mayor parte del tiempo haciendo trabajos aburridos de una forma aburrida. En poco tiempo están listos para un comportamiento sin inteligencia, del que muchos no podrán escapar aunque quieran.

* * *

La escuela suele ser un lugar deshonesto y perturbador. Los adultos no siempre somos honestos con los niños, mucho menos en la escuela. Les decimos no lo que pensamos sino lo que sentimos que deben de pensar o lo que otras personas sienten o nos dicen que deben de pensar. Por ello, para los grupos de presión es fácil quitar de nuestros salones de clase, de los libros de texto y de las bibliotecas, cualquier suceso, verdad o idea que encuentren desagradable o inconveniente. Ni siquiera somos tan sinceros con los niños como podríamos serlo sin correr riesgos, sino sólo como los padres, los políticos y los grupos de presión nos permiten ser. Incluso las áreas menos controvertidas de nuestra enseñanza, como las lecturas y los libros de texto que damos a los niños, presentan una semblanza deshonesto y distorsionada del mundo.

El hecho es que no nos sentimos con la obligación de ser sinceros con los niños. Somos como los jefes y manipuladores de noticias en Washington, Moscú, Londres, Pekín y París, y todas las demás capitales del mundo. Creemos que es nuestro derecho y nuestro deber decir no la verdad, sino lo que mejor sirva a nuestra causa, en este caso la causa de hacer que los niños se conviertan en la clase de sujetos que queremos que sean y hacer que piensen lo que nosotros queremos que piensen. Solamente tenemos que convencernos (y bien fácil que es convencernos) de que una mentira será mejor para ellos que la verdad, y mentiremos. No siempre necesitamos siquiera de esa excusa, con frecuencia mentimos simplemente por nuestra propia conveniencia.

Lo peor es que no somos honestos acerca de nosotros mismos, de nuestros propios miedos, limitaciones, debilidades, prejuicios o motivos. Nos presentamos ante los niños como si fuéramos dioses, omniscientes, todopoderosos, siempre racionales, siempre correctos, siempre justos. Esto es peor que cualquier mentira que pudiéramos decir sobre nosotros. Más de una vez he asombrado a los maestros al decirles que cuando los chicos me hacen una pregunta de la que no sé la respuesta, les respondo que “no tengo la menor idea”; o cuando cometo un error, como sucede con frecuencia, suelo decirles “ya la regué otra vez”; o cuando estoy tratando de hacer algo para lo que no soy bueno, como pintar con acuarelas o tocar el clarinete o la trompeta, lo hago frente a ellos para que así me vean batallando y puedan darse cuenta de que no todos los adultos son buenos para todo. Si un chico me pide hacer algo que no quiero hacer, le digo que no lo voy hacer simplemente porque no quiero hacerlo, en lugar de darle una lista de “buenas” razones que suenan emitidas por la Suprema Corte. Curiosamente esta manera más bien abierta de tratar a los chicos da buen resultado. Si le dices a un niño que evitas hacer algo porque no quieres hacerlo, es muy probable que acepte esto como un hecho que no puede cambiar. Si le dices que deje de hacerlo porque te está volviendo loco, hay una muy buena oportunidad para que, sin una palabra más, él deje de hacerlo, porque sabe lo que eso significa.

Somos, ante todo, deshonestos acerca de nuestros sentimientos, y precisamente es la deshonestidad de sentimientos lo que hace a la atmósfera de muchas escuelas tan desagradable. Las personas que escriben libros que los profesores tienen que leer, repiten una y otra vez que los maestros deben querer a todos los alumnos de su clase, a todos por igual. Si con esto quieren decir que el profesor debe hacer lo más que pueda por cada alumno, que tiene la misma responsabilidad por el bienestar de cada chico, que le conciernen por igual los problemas de todos, ellos están en lo correcto; pero cuando hablan de cariño no se refieren a lo anterior, ellos hablan de sentimientos, de afecto, del placer y la satisfacción que una persona puede sentir por la existencia y compañía de otra. Y eso no es algo que pueda ser suministrado en pequeñas cucharadas, recibiendo cada uno la misma cantidad.

Durante una discusión sobre esto en una clase para maestros, comenté que yo prefería algunos de mis alumnos sobre otros y que cierta ocasión, sin decir a cuáles prefería, así se lo hice saber a la clase. Después de todo, y sin importar lo que creamos, esto es algo que los chicos saben; mentir al respecto es inútil. Naturalmente todos los maestros se horrorizaron. “Qué cosa tan terrible ha dicho”, dijo uno de ellos, “yo quiero a todos los niños de mi clase exactamente igual”. ¡Pamplinas! El maestro que dice eso está engañándose y también a los demás, y es muy probable que no quiera a ninguno de los alumnos que tiene a su cargo. Aunque no hay algo de malo en eso, a muchos adultos no les gustan los niños y no hay

razón para lo contrario. El problema es que los profesores se sienten obligados a querer a cada alumno, lo que los hace sentirse culpables y les provoca resentimientos; lo cual los lleva a resolver su culpa con indulgencia y su resentimiento con sutiles crueldades –de esas que pueden presenciarse en muchos salones de clase. Por eso usan una voz melosa, enfermiza y amanerada y falsas sonrisas e insinceras carcajadas que los niños ven demasiado en las escuelas y que con todo derecho resienten y odian.

Entonces, como no somos sinceros con los niños, no permitimos que ellos sean sinceros con nosotros. Para empezar, les pedimos que participen de la ficción de que la escuela es un lugar maravilloso y de que aman cada minuto que pasan en ella. Pronto aprenden que el que no les guste la escuela (y también para el profesor está prohibido) no debe decirse, ni siquiera pensarse. Conocí a una niña muy saludable, feliz y encantadora, quien a la edad de cinco años estaba enferma de preocupación porque no le agradaba su maestra de preescolar.

Robert Heinemann trabajó por muchos años con estudiantes problema, a quienes las escuelas ordinarias no podían manejar. Encontró que lo que ahogaba y helaba las mentes de estos niños, principalmente, era el hecho de que no podían expresarse, de que apenas podían darse cuenta del miedo, vergüenza, coraje y odio que las escuelas y sus maestros les provocaban. Estando en una situación en la que eran libres para expresar estos sentimientos, tanto entre ellos como a otras personas, se sentían capaces una vez más para empezar a aprender.

¿Por qué no decirles a los niños lo que yo solía decir a mis alumnos de quinto año que se disgustaban conmigo? “La ley dice que tú debes ir a la escuela; no dice que te debe gustar y tampoco dice que yo debo agradarte.” Esto podría hacer la escuela más soportable para muchos chicos.

Los niños oyen todo el tiempo: “La gente decente no dice esas cosas”. Aprenden temprano en la vida que por razones desconocidas no deben hablar sobre gran parte de lo que piensan y sienten, ni sobre lo que más les interesa y preocupa. Es raro el niño que mientras se está desarrollando, encuentra una persona mayor con quien hablar abiertamente sobre lo que más le interesa, concierne y preocupa. Esto es lo que los ricos compran para sus hijos perturbados, cuando por 25 dólares la hora (hoy quizás más) los mandan al psiquiatra. Él es alguien a quien se le puede hablar con sinceridad de cualquier cosa que se tenga en mente, sin preocuparse de que se vaya a molestar. Pero, ¿debemos esperar hasta que el niño esté repleto de temores y problemas para darle esta oportunidad? ¿Debemos tomar el tiempo de un profesional altamente entrenado para escuchar lo que desde temprana edad ese niño pudo haber platicado a cualquiera que estuviese dispuesto a escucharlo con simpatía y honestidad?

Los trabajadores de un proyecto llamado “Streetcorner research”, en Cambridge, Massachusetts, han encontrado que nada mejor como la oportunidad de hablar abiertamente acerca de sí mismos y de sus vidas con personas que los escucharán sin juzgarlos, y que se mostrarán interesados en ellos como seres humanos y no como problemas que resolver, para rehacer las vidas y personalidades de un gran número de delincuentes juveniles que parecían no tener esperanza.

¿No podemos aprender algo de esto? ¿No podemos abrir un espacio para ser sinceros, sensibles y conscientes de las vidas de los niños que están creciendo? ¿Tenemos que esperar hasta que estén todos confusos para darles la oportunidad de decir lo que piensan?

* * *

Detrás de mucho de lo que hacemos en la escuela descansan algunas «ideas» que podrían expresarse más o menos así: 1) del enorme conjunto del conocimiento humano, hay ciertos trozos y piezas a los que podría llamarse esenciales, y que todos deben saber; 2) el grado en el que a una persona se le puede considerar educada, calificada para vivir inteligentemente en el mundo actual y para ser un miembro útil de la sociedad, depende de la cantidad de conocimientos esenciales que lleve consigo, y; 3) es deber de las escuelas transferir estos conocimientos esenciales tanto como les sea posible a las mentes de los niños.

De tal suerte, que nos encontramos tratando de depositar ciertos hechos, instrucciones e ideas en la mente de cada alumno, sin importar el poco o nulo interés que tengan, ni aunque haya otras cosas en las que estén más interesados por aprender.

Esas «ideas» son tonterías absurdas y dañinas. Nunca tendremos una verdadera educación ni empezaremos un aprendizaje real en nuestras escuelas hasta que barramos todos estos disparates de nuestro camino. Las escuelas deben ser un lugar donde los niños aprendan lo que ellos quieren saber, en vez de lo que nosotros creemos que deben saber. El niño que quiere saber algo, lo recuerda y lo usa tan pronto como lo sabe; el niño que aprende algo para dar gusto o satisfacer a otra persona, lo olvida cuando la necesidad de agradar o el peligro de no satisfacer han pasado. Esa es la razón por la que los chicos olvidan rápidamente casi todo lo que han aprendido en la escuela; si no les interesa ni pueden usarlo, ellos no esperan, o no quieren, o ni siquiera intentan recordarlo. Ahora bien, la única diferencia entre malos y buenos estudiantes es que los malos estudiantes olvidan inmediatamente, mientras que los buenos estudiantes tienen cuidado de esperar hasta después del examen. Además de por mejores razones, bien podríamos hacer a un lado

mucho de lo que nosotros les enseñamos en la escuela, porque de todas formas los alumnos lo harán a un lado.

La noción de un currículum (de un programa escolar), algo igual a un conjunto esencial de conocimientos, sería absurdo incluso si los alumnos recordaran todo lo que les enseñamos. Pues no queremos ni podemos ponernos de acuerdo en lo que es esencial del conocimiento. El hombre que se ha entrenado en un campo particular de habilidades o conocimientos, piensa naturalmente que su especialidad debe aparecer en el currículum. Los educadores clásicos quieren que se enseñe griego y latín; los historiadores exigen más historia; a los matemáticos les urgen más matemáticas y a los científicos más ciencias; los expertos en lenguas modernas quieren que todos los niños aprendan francés o español o ruso; y así por el estilo. Cada uno quiere que su especialidad figure, sabiendo que cuando la demanda por sus conocimientos aumente, también lo hará el precio que puedan cobrar. Ganar o perder esta batalla no depende de las necesidades reales de los niños o de la sociedad, sino de los más hábiles en relaciones públicas, los que tienen las mejores negociaciones de pasillo y los que pueden capitalizar eventos que no tienen nada que ver con la educación, como la aparición de un Sputnik en una noche oscura.

La idea de un currículum no sería válida aun cuando estuviéramos de acuerdo en lo que éste debe contener. Los conocimientos mismos cambian. Mucho de lo que el niño aprende en la escuela será visto, después de no pocos años, como falso. Yo estudié física en la escuela en un texto más o menos al día, en el que se proclamaba como la ley fundamental de la física a la ley de la conservación de la materia (*la materia no se crea ni se destruye*). Tuve que eliminarlo y empezar de cero antes de dejar la escuela. En economía, a nivel universitario, me enseñaron muchas cosas que eran falsas entonces y otras más que no son ciertas ahora. Después de algunos años de haber salido de la universidad aprendí que los griegos, lejos de ser dedicadas y sensatas personas, rodeadas de purísimos templos blancos, eran ruidosos, peleoneros, violentos, que gustaban de cubrir sus templos con hojas de oro y pintura brillante; o bien, que la mayoría de los ciudadanos del Imperio Romano, lejos de vivir en casas cuyos cuartos rodeaban un atrio o patio central, vivían en edificios con muchos departamentos, alguno de los cuales fue tal vez el edificio más grande del mundo antiguo. El niño que recordara realmente todo lo que escucha en la escuela, viviría creyendo muchas cosas que no son verdad.

Además, no podemos juzgar qué conocimiento se necesitará más en cuarenta, o veinte, o incluso en diez años. En la escuela estudié latín y francés. Pocos de los maestros que clamaban entonces que el latín era esencial, tendrían la misma postura ahora; y en cuanto al francés, tal vez en su lugar lo conveniente hubiera sido el español, o más bien el ruso. Hoy

en día las escuelas están ocupadas enseñando ruso, pero quizás deberían estar enseñando chino, o hindú, o quién-sabe-cuál.

Cuando escribo ahora, todos se reirían si sugiriera que lo más prudente sería que empezáramos a aprender japonés.

Además de física, estudié química, por entonces acaso el más popular de todos los cursos de ciencias, pero probablemente hubiera sido mejor que estudiara biología o ecología, si alguno de ambos cursos se hubiese impartido, lo cual nunca ocurrió. Siempre averiguamos demasiado tarde que no contamos con los expertos que necesitamos, que en el pasado estudiamos las cosas equivocadas y que parece que así seguirá siendo. Desde el momento en el que ignoramos qué conocimientos serán más necesarios en el futuro, no tiene sentido tratar de enseñarlos en adelante. En vez de eso, deberíamos intentar convencer a las personas que aman el estudio y aprenden bien, que así –practicando esos hábitos– serán capaces de aprender cualquier cosa que necesite ser aprendida en el futuro.

De cualquier forma, ¿cómo podríamos decir que cierto conocimiento es más importante que otro, o –como realmente decimos– que algún conocimiento es esencial y el resto, en lo que a la escuela concierne, es inservible?

Al niño que desea saber algo que la escuela no puede o no quiere enseñarle, se le convencerá de que no pierda su tiempo. Pero, ¿cómo podemos asegurar que lo que desea aprender es menos importante que lo que queremos que aprenda?

Debemos preguntarnos qué tanto se puede aprender del conocimiento humano al término de la escuela. Quizás una millonésima parte. Entonces, ¿debemos creer que una de esas millonésimas es mucho más importante que las demás? ¿O que los problemas sociales del país se resolverán si podemos encontrar la manera para que los niños salgan de las escuelas conociendo dos millonésimas en lugar de una? Nuestros problemas no provienen del hecho de que carecemos de expertos suficientes que nos digan lo que necesitamos hacer, sino del hecho de que no hacemos ni haremos lo que ya sabemos que es necesario hacer.

Aprender no lo es todo, y ciertamente un tema de aprendizaje es tan bueno como otro. Uno de mis alumnos más brillantes y tenaces de quinto año estaba muy interesado en las serpientes. Sabía más de serpientes que nadie a quien yo conociera. La escuela no ofrecía herpetología y las serpientes no estaban en el plan de estudios, pero confío en que el tiempo que dedicó a aprender sobre serpientes fue mejor empleado que cualquier otra cosa que hubiera podido sugerirle; cuando menos en el proceso de aprender sobre serpientes, él aprendía acerca de tantas otras cosas que yo no pude enseñar a esos infortunados de mi clase a quienes verdaderamente no les interesaba nada. En otra clase de quinto año, estudiando a los romanos en Gran Bretaña, vi a un chico tratando de leer un libro de ciencias bajo la cubierta de su escritorio. Fue descubierto y obligado a dejar el libro para

escuchar al profesor. Con un fuerte suspiro lo hizo. ¿Aquí qué se ganó? Él trató de aprender realmente por una hora algo sobre ciencias en lugar de historia, sin embargo lo que se consiguió fue que no aprendiera nada, sólo pasar una hora fantaseando y pensando con resentimiento en la escuela.

No es el tema lo que hace a un conocimiento más valioso que otro, sino el espíritu con el que se hace el trabajo. Si un niño realiza el tipo de aprendizaje que la mayoría de los niños realiza en la escuela, y eso cuando algo aprenden, tragando palabras para devolverlas al maestro que pregunta, está perdiendo su tiempo, o dicho en otras palabras, se lo estamos echando a perder. Este tipo de aprendizaje jamás será permanente, o relevante, o útil.

En cambio, el niño que aprende con naturalidad, que sigue su curiosidad hacia dondequiera que lo lleve, que sume a su modelo mental de la realidad lo que necesite y para lo cual puede encontrar el sitio adecuado, y que rechaza sin miedo ni culpa lo que no necesite, ante todo está desarrollándose en conocimientos, en el amor al estudio y en la habilidad para aprender. Está en camino de convertirse en la clase de persona que necesitamos en nuestra sociedad; y eso es lo que nuestras “mejores” escuelas y colegios no están logrando; no están formando esa clase de persona que, en palabras de Whitney Griswold, busca y encuentra significado, verdad y gusto en todo lo que hace. Y toda su vida continuará aprendiendo. Cualquier experiencia hará a su modelo mental de la realidad algo más congruente y completo, y por lo tanto, se convertirá en una persona mucho más capacitada para manejar realista, imaginativa y constructivamente cualquier nueva experiencia que se presente en su vida.

Nunca podremos lograr un auténtico aprendizaje en la escuela si seguimos pensando que es nuestro deber y nuestro derecho decir a los alumnos lo que deben aprender. No podemos saber en ningún momento qué partícula de conocimientos es la que más necesita un niño y la que reforzará mejor su modelo de la realidad. Sólo él puede hacerlo. Puede que no lo haga muy bien, pero lo hará cien veces mejor de lo que nosotros podamos. Lo más que podemos hacer es tratar de ayudarlo, haciéndole saber más o menos lo que está a su alcance y dónde puede encontrarlo. Elegir lo que desea o no aprender es algo que debe hacer él mismo.

Hay una razón más y la más importante de por qué debemos rechazar la idea de que las escuelas como los salones de clase sean lugares donde la mayor parte del tiempo los chicos hacen lo que ciertos adultos les ordenan hacer. La razón es que no hay medios para forzar a los niños sin asustarlos, o más allá que asustarlos. No intentemos engañarnos al pensar que eso no es cierto. Los que presumen de progresistas y que hasta hace poco tuvieron gran influencia sobre la mayor parte de las escuelas públicas norteamericanas, nunca lo reconocieron, y siguen sin hacerlo. Ellos pensaban, o cuando menos hablaron y escribieron como si hubieran pensado, que hay tanto buenas como malas actitudes para forzar a los

niños. Con las malas se refieren a ser duros, crueles; y en cuanto a las buenas: ser gentiles, persuasivos, sutiles, amables. Y que si se evitan las malas y procuran las buenas, no se hará daño a nadie. Este fue uno de sus más grandes errores y la principal razón de por qué la revolución que esperaban realizar nunca sucedió.

La idea de una coerción sin amenazas ni dolor es una ilusión. El miedo es el compañero inseparable de la coerción y su consecuencia inevitable. Si crees que es tu deber obligar a los niños a hacer lo que tú quieres, quieran ellos o no, invariablemente lo que seguirá es que tendrás que asustarlos con lo que les podría pasar si no hacen lo que tú dices. Puedes lograr esto a la antigua: abierta y francamente amenazándolos con palabras duras, privándoles su libertad o castigándolos físicamente. O puedes hacerlo a la moderna: suave y calladamente, ocultando la aceptación y la retribución para cuyo logro tú y otras personas han entrenado a los niños, haciéndoles sentir que alguna recompensa les espera en el futuro, un tanto vaga para ser imaginada, pero demasiado implacable como para escapar de su encanto.

Se puede, como tantos buenos profesores lo hacen, eliminar con una palabra, un gesto, una mirada, hasta una sonrisa, todo el miedo, vergüenza y culpa que los chicos de hoy llevan consigo. O, simplemente, puedes dejar que tus propios temores por lo que podría ocurrir si los niños no hacen lo que tú quieres, los alcance y contagie. De ser así los niños sentirán cada vez más que la vida está llena de peligros de los cuales sólo puede protegerlos la benevolencia de adultos como tú; aunque esta benevolencia puede acabarse y en consecuencia habrá que ganársela cada nuevo día.

La única alternativa –no puedo ver otra– es tener escuelas y salones de clase en los que cada niño pueda satisfacer su curiosidad a su manera, desarrollar sus talentos y habilidades, perseguir sus intereses y ver en los adultos tanto como en sus compañeros la gran variedad y riqueza de la vida. En pocas palabras, la escuela debe ser un gran «autoservicio» de actividades intelectuales, artísticas, creativas y atléticas de las cuales cada niño pueda tomar la que desee, tanto y cuanto lo desee. Cuando Ana iba en sexto año, un año después de que estuvo en mi clase, le mencioné esta idea. En seguida de describirle sencillamente cómo debería manejarse una escuela, y lo que los niños podrían hacer en ella, le pregunté: “Dime ¿qué opinas de esto? ¿Crees que funcionaría? ¿Crees que los chicos aprenderían algo?”. Ella respondió plenamente convencida: “¡Ah sí, sería maravilloso!” Guardó silencio por uno o dos minutos, quizás recordando su propia experiencia, por lo general amarga, y entonces dijo meditativamente: “Sabes, a los niños realmente nos gusta aprender, lo que no nos gusta es que nos presionen y nos traigan de aquí para allá”.

No, a ellos no les gusta y debemos estar agradecidos por eso. Debemos dejar de presionarlos, de traerlos de un lado para otro. Debemos darles una oportunidad.

Cómo fracasan los niños

John Holt